

bancos, consistentes en "autopréstamos, simulaciones, alteraciones contables, creación de empresas fantasma que hicieron recordar los argumentos de López Portillo para nacionalizar los bancos". Tal situación lleva al cronista mexicano a concluir que "los bancos hoy, en su mayoría, son parte de grandes grupos empresariales y actúan como verdaderos brazos financieros que les dan mayor poder económico y político. Hay tal entrelazamiento entre propietarios de bancos y empresas industriales, comerciales y de servicios, que las autoridades se han visto obligadas a multiplicar esfuerzos para vigilar el cumplimiento de la ley, sobre todo en lo relativo a evitar la formación de grupos financiero - industriales y a limitar las ligas patrimoniales entre producción y financiamiento". (Revista Proceso, México, 17 de junio de 1996. Artículo firmado por Carlos Acosta Córdova). En el caso de las grandes empresas de capital comercial, tales como los grandes supermercados, se han verificado casos en los que el objetivo central es la captación de grandes masas de fondos líquidos para derivarlos a los mercados financieros a través de bancos o entidades financieras del mismo grupo. Esta operatoria se logra vendiendo sus productos a precios muy bajos, inclusive por debajo de los costos, e imponiéndole sus propias condiciones de compra a las empresas de capital industrial, aún en detrimento de ellas. Este es un ejemplo en el que empresas de capital industrial son subyugadas por una empresa de capital comercial.

28. Sobran los casos en los que la política estatal de un país atrasado genera beneficios para las CTs. Las políticas de promoción industrial en América Latina parecen haber sido políticas de promoción de las ganancias de las CTs. Similar caracterización corresponde al proceso de privatizaciones desarrollado en la región en los años

#### Bibliografía :

- Albert, Michel (1995): *La mundialización de la economía*, en Archivos del presente Nro. 2, Buenos Aires.
- Bisang, Roberto (1994): *Perfil tecno - productivo de los grupos económicos en la industria argentina*, CEPAL, Buenos Aires.
- Dunning, John (1988): *Explaining international production*, Unwin Hyman, Londres.
- Dunning, John (1994): *Re-evaluating the benefits of foreign direct investment*, en *Transnational Corporations*, UNCTAD, Vol. 3, Nro. 1, Ginebra.
- Grüner, Eduardo (1997): *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*, Ediciones Colihue, Buenos Aires.
- Ianni, Octavio (1996): *Teorías de la globalización*, Siglo XXI Editores, México.
- Lenin, Vladimir (1974): *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, Editorial Polémica, Buenos Aires.
- Marx, Karl (1946): *El capital*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Paredes, Ricardo – Sánchez, José Miguel (1996): *Grupos económicos y desarrollo: el caso de Chile*, en Katz, Jorge (editor): *Estabilización macroeconómica, reforma estructural y comportamiento industrial. Estructura y funcionamiento del sector manufacturero latinoamericano en los años noventa*, CEPAL/ALIANZA, Buenos Aires.
- Porta, Fernando – Kosacoff, Bernardo (1997): *La inversión extranjera directa en la industria manufacturera argentina*, CEPAL-CEP, Buenos Aires.
- Rivera de la Rosa, Jesús (1996): *La inversión extranjera directa en los Estados Unidos: sus interpretaciones y algunos aspectos teórico-metodológicos*, en *Economía Internacional*, Nro. 51, Universidad de Puebla, Puebla, 1996.
- UNCTAD (1997): *Informe sobre las inversiones en el mundo. Empresas transnacionales, estructura de los mercados y política en materia de competencia*, Nueva York y Ginebra.

---

#### Las figuras fenomenológicas de la mercancía. dos secuencias, la historia y el concepto.

Pablo Levín

"On n'hésite guères à rejeter comme un miroir infidèle le miroir où l' on ne se reconnoît pas".

Dubos, "Réflexions critiques sur la Poésie et la Peinture", citado por CASSIRER, Ernst, in *Philosophie der Aufklärung* (1932), *Filosofía de la Ilustración*, FCE, Madrid, 1993, p. 333.

#### Introducción:

Los hechos científicos más relevantes en la historia moderna del pensamiento económico son los que comprometen a la Economía Política como un todo: a fines del siglo XVIII, su advenimiento; en el siglo XIX, su consagración, luego su decadencia, que se revierte con la crítica marxiana; en el siglo XX, su reemplazo por la Economía (a secas, o Cataláctica), y desde entonces su asombroso, radical y prolongado abandono.

No cabe investigar aquí las condiciones históricas de tanta mudanza en la suerte de la ciencia. Abordaremos un ángulo de este problema que ha recibido menos atención. ¿Acaso a fines del siglo XIX la economía política en su forma clásica, incluso en su versión desarrollada por la crítica transformativa marxiana, estaba ella misma a la altura de sus propias exigencias? En definitiva, ¿era sostenible? Responderemos que no. Nuestra tesis es que si la ciencia económica oficial pudo durante un siglo obviar la economía política, desentendiéndose de su objeto, de su método, de sus principales problemas, de sus exigencias conceptuales, de sus logros teóricos ya realizados, todo ello con soberbia impunidad (acaso sólo local y transitoria), si, en definitiva, pudo arrancarla de su sitio y sentarse en él sin hacerse cargo de sus deudas científicas, ello fue posible porque la economía política padecía una debilidad congénita. Su superioridad no realizada debió acaso brindarle ventaja pero en cambio la tornó hasta tal punto vulnerable que, en realidad, no fue vencida, ni siquiera atacada, sino que se desmoronó desde adentro, por implosión; y su vacío fue ocupado prontamente.

No por una nueva doctrina u orientación sino, propiamente, por una nueva disciplina, cuyo objeto abarca una porción del objeto de la economía política, pero no su totalidad. Es indudable que si un giro tan excepcionalmente drástico contó con el beneplácito cómplice, unánime y sostenido, de la corporación académica, y, especialmente, si el nuevo curso se sostuvo firme en medio de las mayores turbulencias intelectuales de la historia (no sólo intelectuales: revoluciones y contrarrevoluciones a escala continental, guerras mundiales, descubrimientos científicos y desarrollos tecnológicos alucinantes, transformación del mundo), ello no se explica por una conspiración de profesores conjurados contra la teoría clásica del valor. Si el poder del capital interpuso una interdicción ideológica sobre el concepto, para precaverse de la denuncia fundada contra el sistema y de la revelación de su finitud, lo logró únicamente mientras una muy peculiar conjunción de circunstancias obró en favor de la cataláctica. Ahora bien, la comprensión de tales condiciones compete a la teoría del capital, que no exponemos aquí.<sup>1</sup>

Pero la ideología de la época había de caracterizarse por esa irreductible hostilidad al concepto que, después de la Ilustración, atravesó el campo variopinto de las tradiciones empiristas, positivistas, utilitaristas, que confluyen en el prejuicio posmoderno. El análisis cataláctico se adaptó exitosamente a una fase temprana de tal tendencia, gracias a que no cargó con el problema del valor mercantil, a la sazón irresuelto, sino que se desentendió de él olímpicamente. Y porque fue mucho más adelante, es decir, mucho más atrás, porque se arrancó de cuajo el concepto genérico de valor. Esto le permitió descomprometerse del incómodo problema formulado por Ricardo, que desquició a sus discípulos (la incompatibilidad entre la ley del valor y la igualación tendencial de las tasas de ganancia de las empresas de capital), y del hecho aún más embarazoso: que Marx, nada menos que Marx, resolvió elegante y definitivamente el problema ricardiano (explicando la "transformación de los valores en precios de producción"): con la descalificación del problema quedó desestimada la solución. Todo el operativo se basa en un rechazo irreflexivo y enteramente extrínseco del concepto fundamental de la economía política. La nueva disciplina ignora por completo el concepto de valor, pero, paradójicamente, esta severa limitación la deja habilitada para dirigir su atención sin más al hombre portador de la mercancía.

Ante la mirada cataláctica, ingenuamente ahistórica, el homo mercator es, sencillamente, el hombre. Ajena al concepto fundamental de la economía política que exige distinguir entre las dimensiones específicas de la sociedad moderna y sus determinaciones genéricas, el análisis de raigambre utilitarista indagó en los comportamientos peculiarísimos del tipo histórico de individuo que entabla su nexo productivo en la moderna sociedad civil y se figura su propia esencia social como la propiedad que tiene la cosa de ser cambiante. Emprendió ese estudio aislando la representación unilateral de las relaciones productivas que se entablan en el mercado y encerrándose en esa figuración, haciendo caso omiso del conocimiento ya alcanzado por el pensamiento económico antiguo y medioeval y perfeccionada por un siglo de desarrollo de la economía política en sus versiones clásica y crítica sobre el hecho de que la mercancía es una relación productiva. Esta abstracción obnubiló y estultificó el pensamiento económico del siglo XX.

Dos nociones brindan una base a la economía cataláctica: la figuración unilateralmente analítica de la mercancía (circunscripta a su apariencia fenomenológica inmediata) y el análisis marginalista. Ambas tuvieron desarrollos significativos durante el siglo de la economía política (comprendido entre la publicación de La Riqueza y la publicación de El Capital),<sup>2</sup> pero permanecieron ignoradas por ella. La cataláctica supo sacar provecho de estas dos

omisiones, que debieron enriquecer la economía política posricardiana y marxiana pero fueron esgrimidas en contra de ella y utilizadas para su menoscabo.

En otras palabras, el terreno arrebatado por la cataláctica a la economía política había sido desdeñado por ésta, aún cuando el análisis preciso de la conducta altamente específica del homo mercator individual es un momento necesario para el concepto de valor mercantil; en particular, el de su comportamiento cuando, luego de entablar en el mercado su característico vínculo productivo intermitente, inicia la fase de aislamiento social, y en ella sopesa sus opciones para reprogramar su trabajo. La economía política, en su afán por pasar de la forma apariencial de las mercancías a su contenido de valor, y, por tanto, en su empeño en sentar la pertinencia y la relevancia del concepto abstracto de valor, pasó por alto ese comportamiento, relegándolo a lo que luego llamaremos la "caja negra del ajuste clásico". Smith hace un débil intento por entender cómo actúa el productor individual para mediar la ley del valor, pero, desafortunadamente, desiste. Atisba apenas la naturaleza de la dificultad: logra explicar la conducta del productor mercantil mediadora de la ley del valor en un mercado de aldea, pero sabe que tal explicación pierde vigencia en el anchuroso mundo moderno donde el mercado es ecuménico: donde el intercambio de productos reproducibles devenidos mercancías pone en conexión impersonal a productores distintos y distantes que ignoran las condiciones técnicas promediales de reproducción social de los bienes que intercambian y, por consiguiente, son sensibles a sus determinaciones del valor sin conocerlas.

En el siglo comprendido entre su primera versión clásica ("La Riqueza de las Naciones") y su principal versión crítica ("El Capital") se completa la evolución de la economía política. Después de la implosión que interrumpe bruscamente su desarrollo, la "caja negra" sigue guardando su secreto indescifrado. La cataláctica que pronto ocupa el escenario elabora un principio de respuesta para un problema que, empero, no llegará a formular. O bien los compradores y vendedores conocen las determinaciones cuantitativas del valor de las mercancías que intercambian, o bien las desconocen. Si las conocen, pueden apreciar las discrepancias entre valores y precios, y consecuentemente reprogramar sus planes de producción según tales discrepancias, para aumentar o disminuir la escala de la reproducción de las mercancías sobrepreciadas o menospreciadas, respectivamente. Así, la conducta de los productores de mercancías sería acorde con la ley del valor, por la cual la configuración de los precios "gravita" (tendencialmente) hacia la configuración de los valores. Pero he aquí que en un mundo de mercados internacionales los valores se desconocen y la comparación entre precios y valores se torna prácticamente imposible.

En suma: desde el principio hasta el fin de su ciclo, la economía política supo que la ley general se cumple, con las transformaciones que reclamó Ricardo y expuso, en principio, Marx. Pero quedó sin explicar de qué manera el comportamiento del productor individual, que decide ante las opciones de producción asequibles para él, asegura el cumplimiento de la ley general. Desechada la explicación de Smith, primero por él mismo y luego por Ricardo y Marx, el problema queda desatendido. ¡Ello, a pesar de que el gran crítico de la economía política clásica profundizó más que ninguno de sus predecesores en la comprensión de la forma mercantil del valor!

La paradoja no termina en esto, ya que, no obstante su carencia de concepto, y precisamente debido a su misma unilateralidad, la cataláctica, sin quererlo ni saberlo, pone al descubierto en las manifestaciones más comunes y aparentes de la estructura mercantil las transiciones dialécticas que faltaban para completar la crítica iniciada por Marx y, finalmente, para proceder a la actualización largamente demorada de la economía política científica. Su contribución es virtual: cobra su pleno significado en el concepto de valor que ella misma rechaza e ignora. La cataláctica es incapaz de comprender su propio significado, pero éste es trascendente: aporta el eslabón que faltó en las versiones clásica y crítica de la ciencia económica moderna.

Por su parte, quebrada su unidad conceptual por esa carencia, la ciencia económica moderna arrancó en falso y su primer impulso se agotó en la segunda mitad del siglo XIX. Sobrevino la implosión, y después transcurrió todavía el siglo XX, en el silencio del concepto. ¡Y qué siglo! El sistema capitalista sufrió transformaciones que hoy claman por una actualización a fondo de la ciencia económica.

★

Así, las contribuciones de la cataláctica cobran su verdadera importancia en el contexto de la economía política. Ese reconocimiento cambia el panorama presente de la ciencia económica, y también obliga a rever, retrospectivamente, las doctrinas mercantilistas, y a comprender hasta qué punto la evolución de esas doctrinas apuntaba ya en el siglo XVII a la economía

política; y cómo, empero, ese desarrollo no había alcanzado el grado tal que podía haberlo convertido en un objeto de crítica suficientemente maduro para fundar en su negación la economía política.

Puesto que hoy conocemos las transiciones internas de la mercancía apariencial (de su noción común) al concepto fundamental de la economía política, podemos identificar y apreciar las múltiples transiciones extrínsecas que ya habían sido conceptualizadas antes de Smith. Nuestro interés no es, empero, ni el de una reivindicación que sería anacrónica ni el de un homenaje que no nos compete. Queremos bosquejar una reseña de las mencionadas transiciones extrínsecas y, con ello, abonar a la demorada conjugación entre la noción de mercancía y el concepto de valor.

No dejará de sorprender la revalorización que proponemos, ya que contraviene el estereotipo interpretativo aceptado por todas las corrientes del pensamiento económico moderno (clásicos, neoclásicos, marxistas), acaso el único sobre el que entre todas ellas existe consenso unánime, según el cual los escritos mercantilistas carecen de alcance teórico.<sup>3</sup>

La primera gran síntesis de la ciencia económica, realizada en el Siglo de las Luces, tuvo como antecedente el olvido en que se mantuvo el concepto de valor durante los cinco siglos precedentes. La proeza teórica fundante y constitutiva consistió en recuperar la teoría del valor aristotélico-tomista, transformándola profundamente en su concepto. La transformación, empero, permaneció incompleta.

★

Marx descubre y enfatiza la particularidad formal de la mercancía, y reprocha a la economía política no haber comprendido la forma específicamente mercantil del valor, pero deja en la penumbra el hecho de que el carácter históricamente específico de la mercancía compromete todos y cada uno de sus momentos, incluso el valor mismo.<sup>4</sup>

El hecho de que Marx ubique a William Petty en el linaje de los economistas clásicos es un indicador de esta indistinción. Ni siquiera Rubin, quien ha subrayado con toda claridad algunas diferencias entre la noción del valor aristotélico-tomista y el concepto de valor en la economía política moderna, extrae las consecuencias necesarias de ello, y recae en la misma indistinción que Marx.<sup>5</sup> Así y todo, hasta donde pudo ser llevado a cabo, el desarrollo conceptual de la noción de valor fue favorecido, acaso posibilitado, por el hecho de que las doctrinas mercantilistas habían agotado previamente, en lo esencial, la formulación sobre los aspectos exotéricos de la sociedad mercantil. Marx reconoce este aporte únicamente allí donde no versa sobre la mercancía sino sobre el capital. Es el caso de James Steuart, quien al distinguir entre la ganancia relativa, cuyo agregado social es nulo, y la ganancia neta, descubre en ésta el concepto de plusvalor en su forma apariencial.<sup>6</sup>

★

La modernidad naciente rechazó las prescripciones de política características del legado mercantilista. Acorde con el espíritu de la época, el discurso novedoso, sistemático, profundo y rigurosamente articulado de la economía política dio un fundamento científico al argumento que legitimaba el apetito privado, conciliándolo con el interés público, y consiguientemente reclamaba las libertades individuales en nombre de la conveniencia de todos. Pero el argumento era anterior a economía política y el reclamo fue formulado por autores de raigambre mercantilista, ajenos al concepto de la economía política, tanto anteriores a Smith (Mandeville, Dudley North), cuanto contemporáneos suyos (destacadamente, David Hume).

Es indudable que la Ilustración rechazó las prescripciones de política del mercantilismo. Ese rechazo expresa el reconocimiento de la autonomía del movimiento económico de la moderna sociedad civil dominada por las leyes generales del capital. La célebre máxima preconizada por Vincent de Gournay ("laissez faire, laissez passer les marchandises") pudo resumir el talante característico de la moderna sociedad civil naciente.

Confundida por esa unanimidad, la historiografía posterior no supo reparar en la dicotomía conceptual y metodológica que encerraba la nueva prescriptiva del laissez faire; menos aún, comprender sus consecuencias en el destino posterior de la economía política.

Coincidieron, en efecto, en el rechazo del "sistema mercantil" (así denominado por Smith), dos enfoques conceptuales profundamente disímiles y, en definitiva, dos métodos críticos, uno extrínseco, otro intrínseco. La etiología de la implosión que sufriría la ciencia económica a fines del siglo XIX se remonta a su compromiso original en el siglo XVIII con el rechazo extrínseco al sistema mercantil. Esta crítica recurre a la teoría del valor para completar el concepto fisiocrático, sin liberarlo de la noción adventicia de orden natural, y sin advertir que, al envolver indiscriminadamente en un mismo reproche las recomendaciones de política del

sistema mercantil y los aportes teóricos del mercantilismo, renunciaba a un precioso legado conceptual.<sup>7</sup>

En contraste, la crítica de David Hume es poderosamente intrínseca, aún cuando incompleta, ya que no se desarrolla hasta el punto de alcanzar la plena transición al concepto fundamental de la economía política.<sup>8</sup> La crítica extrínseca y la intrínseca conviven sin conjugarse en una síntesis cada vez más necesaria y largamente postergada. El malentendido quedó instalado en La Riqueza de las Naciones, y no fue superado cabalmente en los Principios, ni siquiera en El Capital.

Mutatis mutandi, el desencuentro de las últimas décadas del siglo XVIII se repite en las últimas décadas del siglo XIX. En ambos casos la doctrina económica dominante es acosada por dos cuestionamientos radicales, uno extrínseco y otro intrínseco. Un episodio coincide con el advenimiento de la economía política, el otro con su derrota. Dos cuestionamientos se abaten sobre la economía política, versión clásica, desde enfoques diametralmente opuestos: uno intrínseco, otro inmanente. Ambos se centran en la misma debilidad congénita: su incompreensión de la forma mercantil del valor. Pero ni uno ni otro habrían de resolverla cabalmente. La crítica marxista prolongó la economía política clásica transformando la teoría del valor en teoría de la forma del valor. Aportó a la comprensión de la forma mercantil del valor como forma necesaria de ese contenido, pero se detuvo apenas en el análisis de la forma en tanto que forma. Ese nicho fue ocupado por la economía cataláctica, que inaugura un nuevo período de obnubilación del concepto. Desde entonces ha transcurrido un siglo.

#### **Las dos secuencias de la figura mercantil**

Las categorías económicas de la sociedad capitalista son a la par nociones de la vida práctica y concepto teórico. Tal ocurre con la mercancía, la forma más generalizada y abstracta que presenta la producción en esta sociedad. La ciencia no se resigna a permanecer en las representaciones de la consciencia ingenua, que se aferra a la certeza de sus figuraciones espontáneas y las tiene por verdaderas, sino que aspira a un contenido más concreto. Pero no se desentiende de ellas sino que las reconoce como su punto de partida necesario y la vez, como su raíz viva y permanente.<sup>9</sup>

En otro lado<sup>10</sup> expusimos las tres figuras fenomenológicas de la mercancía del capital. Son, respectivamente, su representación todavía aconceptual, su concepto abstracto, y su concepto (que da cuenta del dinero y apunta al capital). En la primera figura las mercancías son bienes transferibles que circulan por medio del intercambio entre personas individuales (hombres específicamente mercantiles); en la segunda son lo mismo<sup>11</sup> pero a la vez son productos reproducibles, determinados por las condiciones de su reproducibilidad; y en la tercera la mercancía sufre un desdoblamiento que coincide con la génesis del dinero, y despliega su transición al capital.

En el mismo trabajo analizamos las articulaciones internas de esas figuras; mostramos cómo al pasar a sus formas más desarrolladas y concretas el concepto de mercancía supera, conservándolas, las determinaciones que presenta desde el inicio su primera figura, la cual a su vez coincide con las representaciones y nociones que brotan directamente de la experiencia práctica del homo mercator. Pero esa conservación únicamente puede lograrse (y, con ella, la plenitud del concepto) si en cada pasaje la transición a una figura más completa resulta de una necesidad estrictamente inmanente a la más simple.

De otro modo, se pasaría de una representación abstracta a otra no menos abstracta, y el pensamiento sobrevolaría los estadios del concepto sin avenirse a él. Se vería colocado en los sitios más altos sin haberse elevado hasta ellos desde las figuras más modestas o abstractas mediante la labor del concepto. Las tres figuras permanecerían recíprocamente ajenas y se prestarían a ser acogidas por sendas doctrinas que, no obstante sus diferencias y debido a ellas, serían igualmente unilaterales y excluyentes. Ahora bien, tal es lo que ha acontecido hasta el presente en la historia del pensamiento económico moderno.

En otro trabajo<sup>12</sup> ofreceremos una reseña interpretativa de la historia extrínseca de las tres figuras. La presente monografía adelanta un bosquejo de esa reseña; sugiere que los primeros dos tramos de esa vía extrínseca han sido recorridos, no una sino, en parte (mutatis mutandi), dos veces, mientras que el tercero sólo fue alcanzado por un autor, Karl Marx, aunque de un modo también extrínseco. Que, a la par, el desarrollo histórico del capitalismo ha terminado de desplegar la totalidad de sus formas, o está próximo a hacerlo. Que, pues, por tanto, llegó la hora de actualizar el concepto.

★

Las figuras fenomenológicas de la mercancía conforman, pues, dos secuencias, el concepto y la cronología histórica. Entre una y otra se destacan al menos tres diferencias. La primera ya fue señalada: las transiciones entre las formas son en aquella intrínsecas y en ésta exotéricas. La segunda no es menos notable: mientras en el despliegue del concepto ninguna figura se suprime ni se repite, sino que las más simples son superadas y subsumidas por las que le siguen en grado de desarrollo, la sucesión histórica, por el contrario, admite la secuencia abstracta, en la que la forma que debiera ser superior no ha superado la más simple sino que ha pretendido suprimirla y reemplazarla. Por eso las categorías del pensamiento económico irreflexivo son siempre a la vez prematuras y perimidas, anacrónicas, y el concepto libra una lucha vana por llevarlas a la contemporaneidad concreta. Las ideas nacen siempre en un medio dominado por las reconocidas hasta entonces, y los breves períodos en que simultáneamente maduran los frutos de varias escuelas pueden caracterizarse por la comunicación intensa y la crítica transformativa; o por la ignorancia, ora recíproca, ora unilateral.<sup>13</sup>

En el campo de las corrientes de pensamiento económico hay una superficial similitud entre las últimas décadas de los siglos XVIII y XIX: una nueva teoría expulsa del escenario las doctrinas a la sazón dominantes. Cuando Adam Smith publica su obra económica, casi simultáneamente acaban de alcanzar su formulación más madura las concepciones mercantilistas tardías: James Steuart, David Hume;<sup>14</sup> y las doctrinas fisiocráticas: A. R. J. Turgot, E. B. de Condillac. Por el contrario, la propia economía política ya había llegado a su ocaso cuando en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, primero en Austria, Francia, Inglaterra, y luego en todo el ámbito académico y profesional de Europa y Estados Unidos, toma forma un nuevo enfoque teórico-analítico que acapara hasta hoy el sello legitimante (si acaso legítimo) de "científico" y, en definitiva, el status de corriente principal ("maistream") en el campo de lo que otrora se llamaba Economía Política.

Puesto que, de hecho, constituye una disciplina distinta, recibe también nuevos nombres, como el de Cataláctica, propuesto por Richard Whately, y Economía, como lo quisieron primero W. S. Jevons y luego Alfred Marshall sin el predicado nominal "política" que antaño distinguía, como ciencia, del arte de la economía doméstica. La autoridad de este último favoreció la desafortunada adopción de ese nombre; nombre doblemente engañoso, ya que, al retener "Economía", soslaya la distinción entre la nueva disciplina y la economía política propiamente dicha; y al eliminar "Política", borra la nota que incluso desde antes de su época moderna<sup>15</sup> subrayaba la distinción entre esta ciencia y el arte sempiterno de la economía doméstica. Por ello, a los efectos del presente trabajo, adoptamos para la designación de esta disciplina el nombre de Cataláctica. Su mérito es haber aportado al análisis de la primera figura fenomenológica de la mercancía. Su demérito, haberse encerrado en esa figuración estrecha, sin sospechar que sus propios aportes brindan la articulación dialéctica de la noción de mercancía al concepto de valor mercantil, ignorando que sus aportes no pueden reemplazar la economía política pero sí en principio suplir el defecto congénito de la economía política en su forma clásica, y, en definitiva, completar la crítica iniciada por Marx y actualizar los fundamentos de la ciencia social.

Así, en su desenvolvimiento histórico, la sucesión cronológica de las figuras conceptuales sigue unas veces el orden del concepto y otras lo invierte; pero la inversión no es siempre ni sólo regresiva, y es en ocasiones inusitadamente fértil.

La tercera diferencia entre el despliegue del concepto y la cronología histórica estriba en el punto de partida.

#### **La figura cero**

La saga del concepto empieza con el análisis de la primera figura de la mercancía, a la cual encuentra completamente establecida ya como una categoría reificada. La sucesión histórica, por el contrario, debe empezar por separar los momentos propios de la primera figura de la mercancía y formular la primera versión de su teoría. Tal es la misión que cumplió la abstracción mercantilista; fue ella la que recortó la primera figura de la mercancía extirpándola de las doctrinas antigua y medioeval.

Antes que sus reparaciones tardías en el pensamiento económico moderno, donde sólo tiene funciones propedéuticas o metodológicas, cuando no es una recidiva de la noción primaria,<sup>16</sup> el concepto abstracto de valor representa la consciencia de la mercancía adventicia, incipiente, en estado de latencia, cual existió prolongadamente en los vericuetos y repliegues de la sociedad antigua. Marx compara esa existencia intersticial de la mercancía en las sociedades precapitalistas con los dioses de Epicuro que moran en los agujeros de lo

**Comentario [AK1]:** Teo

a

existente. Claro está que la diferencia más palpable entre la mercancía incipiente y la mercancía propiamente dicha es que ésta -el mercado- constituye en la sociedad civil moderna el único vínculo social general, en tanto aquélla es de carácter local e intermitente, como el caso de las ferias medioevales. (Todavía hoy en zonas fronterizas de latinoamérica puede observarse en ferias indígenas y campesinas cierto intercambio de mercancía incipiente; la feria es ocasión propicia para la sociabilidad).

Pero ya en el siglo XIII, cuando Aquino buscaba en el concepto simple de valor la guía cierta en la que debe sostenerse la *communis aestimatio* que fija con exactitud y equidad los precios de las mercancías materiales y los salarios, y expresaba de este modo la consciencia de la mercancía incipiente o intersticial, ya había hecho su aparición en el escenario histórico la mercancía plena del capital comercial: la mercancía en su primera figura, la de los inmensos espacios abiertos. Si el insidioso desarrollo dinerario de esa nueva mercancía roe los tuétanos de la sociedad tradicional (primeramente, con saña encarnizada, en el hinterland de las crecientemente prósperas ciudades comerciales de la Península Itálica y los países bálticos); si, más aún, su poder deletéreo consume el desgarramiento catastrófico producido por las interminables y extendidas guerras del período en las que toman forma las naciones territoriales modernas sobre las ruinas del imperio romano, el mismo eslabonamiento mercantil rearticula la sociedad sobre nuevas bases. Lo hace por un lado en los mismos huecos de la tela social donde todavía medraba la mercancía intersticial, pero a la vez en los espacios infinitos de los océanos y los continentes inmensos y remotos donde creaba ab ovo la red de nexos sociales que no había cobrado objetividad material nunca antes. Por primera vez la sociedad humana trasciende todo particularismo cultural y desborda de todo ámbito político.

El debate teológico del siglo XIII desbrozó y labró el terreno intelectual en el que luego germinaría el pensamiento económico moderno: mientras los teólogos discutían acerca de la realidad de los universales (pronunciándose en favor del realismo y en contra del nominalismo), el desarrollo del comercio extendía sobre en el mundo un lazo social abstracto pero material y universal, un principio novísimo de nexo social objetivo, impersonal, autónomo, y, sobre todo, secular: mediado, pero no por Dios. Con los primeros resplandores del capitalismo comercial, la teología del medioevo se encuentra ante una profunda contradicción y debe hacerse cargo de ella.

Lo que verdaderamente importa en toda gran empresa intelectual no es que tenga éxito en la consecución de la finalidad que adopta sino que su propósito sea verdaderamente necesario y que se atenga a él con el rigor del concepto. De allí que si el aporte decisivo de la teología medioeval a la formación del pensamiento moderno no es el de su verdad, su legado es la seriedad y la rigurosa consecuencia que constituye propiamente el concepto de concepto. Al exigirse a sí misma la elevada exigencia de conciliar la Razón con la Fe, la teología se comprometió en una empresa intelectual admirable, al menos dos siglos antes del Renacimiento (convencionalmente fechado entre los siglos XV y XVI). Con el tributo de su fracaso, dejó inaugurado el rigor del concepto. Santo Tomás toma el toro por las astas cuando debe conciliar la razón con la fe, y esa exigencia desencadena el proceso intelectual que cuatro siglos después (Renacimiento, Reforma y Revolución mediante) dará nacimiento al pensamiento moderno en sentido estricto. Pero tan elevado propósito reconoce un momento de diferencia entre la razón y la fe, y entreabre la cuestión con la que todavía medio milenio más tarde (*mutatis mutandi*) se debatirá Adam Smith: si tal conciliación se consuma y, más aún, si fracasa, ¿en cuál de los dos lados puede subsistir el fundamento de la ética y, por tanto, el fundamento moral de la sociedad?

\*

Desde el siglo XVI, la circunnavegación del Africa austral, el tendido de las nuevas redes de factorías portuarias y la consolidación de la navegación comercial oceánica marcan el ocaso de las redes comerciales que enlazaban por tierra el mundo antiguo. Se apagó el esplendor legendario de la antigua ciudad comercial de Zimbabwe, de la que hoy apenas quedan testimonios arqueológicos residuales; su destrucción testimonia el inicio de la prolongada degradación del Africa Occidental que hasta el presente muestra la contracara más patética de la civilización capitalista. <sup>17</sup> La conquista del Africa la encontró inerte y lista para ser colonizada.

En el novísimo vínculo social que ya en el siglo XVI enlaza todos los continentes habitados, y desde entonces los envuelve en una red que se densa aceleradamente, cobra objetividad el valor mercantil: un universal en proceso, que trastorna del todo y para siempre los términos en que habíase planteado el debate del siglo XIII sobre la realidad de los universales; y,

retrospectivamente, a ambos contendientes de entonces les da la razón a la vez que se las quita. Al realismo teológico, porque la esencia universal que se materializa como vínculo humano general no nace del corazón de Dios sino del mercado. Al nominalismo, porque la fragmentación de la sociedad no destruye la unidad del mundo humano sino que la crea.

La fenomenología del concepto (expuesta por Hegel tres siglos más tarde, y aún entonces sólo de modo genérico) encontrará esa abstracción ya enteramente consumada tanto en la consciencia ingenua (vale decir, más determinadamente: en las representaciones espontáneas del homo mercator empírico) como en las doctrinas económicas que, o bien se limitan a expresar de modo vulgar esa consciencia, o bien profundizan en ella sin zafar, empero, de su perspectiva estrecha; sin gozar, por tanto, plenamente, de sus propios aportes.

La primera figura de la mercancía nace al mundo como la forma mercantil del capital mercantil. Así, en la cronología histórica, toda la serie de las formas fenomenológicas de la mercancía está precedida por la figura cero: una noción simple de mercancía que no tiene cabida alguna en la fenomenología del concepto, ya que ésta encuentra la primera figura de la mercancía (de donde parte) como el consumado efecto final de un proceso que no dejó otra huella, para desde ese comienzo remontarse sobre una abstracción.

Nosotros (con el privilegio de la retrospección) sabemos qué fue abstraído; cuál fue, en definitiva, el pecado original que arrojó al concepto de valor de su indeterminación genérica primordial y, al desterrarlo, le dió vida.

En efecto. El concepto elemental de valor económico había sido heredado por la Edad Media (Santo Tomás de Aquino) de la filosofía clásica del mundo antiguo (Aristóteles). Esta consciencia (directa, abstracta, global, no internamente diferenciada; en suma, no desarrollada) sabía ya la verdad que sería olvidada luego: que las mercancías poseen valor porque son productos del trabajo humano; que, por ende, en tanto productos portadores de determinadas cantidades de valor, representan otras tantas cantidades de trabajo humano. Este concepto elemental tiene su propia historia, que se desenvuelve en los siguientes periodos:

- a) antes de la formación del pensamiento económico moderno (Aristóteles),
- b) durante el período de su gestación (desde Santo Tomás de Aquino hasta William Petty),
- c) en la etapa de maduración incompleta del concepto (Adam Smith, David Ricardo, Karl Marx), y
- d) desde que en castigo de su maduración incompleta, el objeto del que la economía política no supo apropiarse se reparte, salomónicamente fragmentado, entre los miembros dispersos de la ciencia social. El más desdeñado de todos sus despojos –el principio de valor –, fue devuelto a su noción primigenia; y, confundido con ella, se conservó en la defensa doctrinaria de la verdad perdida. También fue acogido por disciplinas técnicas (ingeniería industrial, praxiología), y, en la segunda mitad del siglo, reaparece en la Etología (la rama de la biología que estudia el comportamiento de los animales) bajo la noción transfigurada del principio general de economía energética.

La diáspora de la economía política ya era anacrónica cuando se consumaba, en las primeras décadas de este siglo; pues entonces la cataláctica había brindado (sin proponérselo, sin saberlo) las precisiones necesarias para una versión actualizada de la economía política que por fin pudiera lo que no pudieron su versión clásica (Smith, Ricardo) ni su profundización crítica (Marx): desprenderse por medio del concepto de la figura cero de la mercancía. Ese anacronismo obnubila todavía hoy el campo de la economía política y quien no percibe el malestar que ello produce en la consciencia de la época debe sin embargo reconocer que la ciencia no está a la altura del presente. Esta situación pone en vigencia el proyecto de actualizar la economía política en una nueva síntesis.

El presente trabajo procura contribuir a esta misión con una somera reseña de las apariciones y desapariciones de la forma cero de la mercancía, que acompañaron como una sombra la historia del pensamiento económico moderno. Ayudará a precisar algunas distinciones elementales para la economía política: entre la mercancía incipiente o intersticial y la mercancía del capital; entre el principio del valor y el concepto de valor mercantil. En particular, facilitará el rescate de la noción genérica de valor como principio práctico para concebir y planificar la producción liberada del capital.

---

#### Notas:

1. Lo hacemos en la obra citada anteriormente y en "Capitalism towards Aufheben", inédita.
2. Por cierto, habían sido formuladas separadamente mucho antes de dicho siglo. En este mismo trabajo tendremos ocasión de referirnos a los aportes de las doctrinas mercantilistas al concepto de mercancía. En cuanto al principio marginalista, su formulación precisa ya había sido realizada a

comienzos del siglo XVIII por el holandés Daniel Bernoulli en su análisis de la noción de riesgo. Sus primeras aplicaciones en la determinación de opciones óptimas en campos tales como el comportamiento de los consumidores, el curso decisional de las empresas de capital, y la configuración del espacio económico, fueron realizadas en la primera mitad del siglo XIX por precursores muy tempranos de la economía cataláctica, : Gossen, Cournot, von Thünen.

3. Incluso Rubín, un excelente historiador crítico del pensamiento económico, incurre en este prejuicio. "The economic investigations of the mercantilists were practical in character. Their works were overwhelmingly a collection of practical prescriptions recommended to the State for implementation". RUBIN, Isaac Ilych, "A History of Economic Thought" (1929), Pluto Press, Worcester, 1989, pg. 175. En el texto que acabamos de transcribir, las palabras "practical prescriptions" aparecen subrayadas, aparentemente por el autor.
4. Exponemos en otro lado las transiciones internas de la mercancía y consiguientemente las determinaciones específicamente mercantiles del valor de uso y del valor. L., P. "El Capital Tecnológico", Ed. Catálogos, 1997.
5. "The embryos of a theoretical analysis that we find in Petty had little impact upon the general train of mercantilist thought". RUBIN, I. Op. Cit., la misma página.
6. MARX, Karl "Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía", Op. Cit.
7. Hace honor a la probidad intelectual de Smith su meticulosa exposición del argumento contra el cual dirigirá su crítica. Sin embargo, ese mismo procedimiento muestra cuán irreductible es la unilateralidad con que sólo toma en cuenta las conclusiones prácticas del régimen mercantil, haciendo caso omiso de sus aportes a la teoría de la forma mercantil. Ver SMITH, Adam "The Wealth of Nations", especialmente el Libro IV, capítulos 1 a 8.
8. Es significativo que la historiografía actual todavía no parece haber decidido qué hacer con Hume. Debido a que todavía confunde el análisis económico realizado por los mercantilistas con el régimen prescriptivo característico del capitalismo comercial asociado al Estado absolutista, puede fácilmente reconocer a Steuart como un apologista tardío del mercantilismo, pero le resulta embarazoso aceptar la adscripción mercantilista de Hume, un autor que denuncia ese régimen y preconiza el *laissez faire*, a la par que el propio Smith. Por eso la tradición interpretativa corriente soslaya la diferencia dentro del liberalismo entre la economía política y la cataláctica. Así, "The 'Political Discourses' are important for the history of economic thought especially because in them, developing the ideas and methods of Petty and Locke, Hume laid the foundations for English free-trade economics". "An Outline of the History of Economic Thought" SCREPANTI, Ernesto and ZAMAGNI, Stefano, Clarendon Press, Oxford.
9. Esto equivale a sostener que la ciencia económica es una fenomenología de la conciencia social. Experiencia y conciencia se conjugan en el concepto activo que se engendra sin confundirse con un contenido particular. El punto de partida de este saber, empero, no es la "consciencia [inmediata de lo] sensible", sino la figura apariencial de la mercancía. No es, meramente, la dimensión genérica de la conciencia humana, sino el contenido históricamente específico del nexo social del homo mercator. Con esta salvedad, debemos remitirnos a HEGEL, G.W.F. "Fenomenología del Espíritu" (1807), FCE, 1978.
10. L. P. Op. Cit.
11. "Every man thus lives by exchanging, or becomes in some measure a merchant, and the society itself grows to be what is properly a commercial society". SMITH, Adam "The Wealth of Nations.." (1776), Dent & Sons, London, 1910.
12. L. P. "Capitalism Towards Aufheben", proyecto UBACIT, en elaboración.
13. En nuestros días el manejo extorsivo y antidemocrático del financiamiento de la investigación discrimina en favor del punto de vista oficial y en contra del pensamiento científico en cuanto éste es esencialmente crítico. Si esto es notorio en nuestro medio no lo es menos en la propia cuna de la Economía Política, donde la discriminación sistemática favorece de modos nada sutiles al "mainstream". Al respecto, LEE, Frederick S. y HARVEY, Sandra "Peer Review, the Research Assessment Exercise and the Demise of Non-Mainstream Economics", Capital & Class, Autumn 1998.
14. Claro está que al caracterizar a Hume como mercantilista nos apartamos de la tradición interpretativa generalmente aceptada. Para ésta lo decisivo es la posición de un autor en favor o en contra de las prescripciones mercantilistas, e indudablemente Hume rechaza enérgicamente el régimen mercantilista. Pero nosotros nos atenemos a la teoría: así como en el siglo XIX hay ricardianos liberales y ricardianos socialistas, en el siglo XVIII hay mercantilistas que abogan por el sistema mercantil y mercantilistas que, con argumentos aún más estrictamente mercantilistas que los anteriores, lo denuncian. Tal es el caso de Hume.
15. Con el "Traité de l'économie politique" A. de Montchrestien, en 1615
16. La regresión a la noción ingenua de la mercancía cero aparece en Smith e incluso en Marx en el falso argumento según el cual debido a que la cuantía del valor de un producto representa una determinada cantidad de trabajo, luego el trabajo debe ser la medida del valor.
17. WEBBER, Nodoro "Zimbabwe, cité africaine", Pour la Science, Jan. 1998. "Du Xlle. a XVIIe. siècle, Zimbabwe fut le principal centre commercial d' Afrique australe. Les colons européens, niant le passé de l'Afrique, en ont effacé des nombresuses traces." Luego este autor se pregunta por las causas de su decadencia, sin mencionar siquiera los dilatados mundos establecidos por la proeza náutica de navegantes ibéricos.